

La negra Ester

JUAN ANDRES PIÑA

Considerado como uno de los fenómenos teatrales más apasionantes del teatro chileno en los últimos años, **La negra Ester**, basada en las décimas del poeta popular Roberto Parra y dirigida por el joven Andrés Pérez, ha entregado un espectáculo vital que hurga en las raíces de lo chileno, y que demuestra que la rigurosidad en la búsqueda y la indagación pueden rendir buenos frutos, levantando así un deslavado panorama teatral del Chile actual.

Más que una obra de teatro de hechuras relativamente tradicionales, **La negra Ester** es un espectáculo en todo el sentido de la palabra, de dos horas de duración. Se presenta al aire libre, sobre un tablado con escasa escenografía de fondo, y a cuyo costado izquierdo está permanentemente en escena una orquesta de tres músicos populares provistos de acordeones, guitarras, banyo y trompetas. Los acordes que introducen la obra son sintomáticos: las primeras notas de la Canción Nacional de Chile que bruscamente se interrumpen para dar paso a una suerte de jazz "huachaca" que obliga a los espectadores, confusos y risueños, a sentarse. Este comienzo da la nota que dominará durante toda la representación: caracterización de lo nacional (incluso la obra cierra con los últimos compases del mismo himno), tono popular y festivo, y participación del público.

Y no podía ser de otra manera: el autor de los textos poéticos, Roberto Parra, es el hermano menor de Violeta y Nicanor, folklorista y poetas afincados a la memoria artística chilena en todos los niveles sociales. Cantor popular, Roberto Parra "opera de hecho en los bajos fondos, en el

ta de caballero/ llevaba el chutete Roberto/ lo digo con sentimiento/ Cuando llegué al barber/ encontré a la negra Ester/ en brazos de otro amante/ con una lanzeta picante/ voy a darlo a conocer".

El texto —rigurosamente autobiográfico— narra la pasión que el entonces joven Roberto (Boris Quercia) siente por una hermosa prostituta de Santiago, la negra Ester (Rosa Ramírez), los desprecios de ella y el progresivo acercamiento de ambos. Cuando están felices en su amorío, Roberto decide irse un día, a buscar algo que no tiene claro.



Escenificación de nuestra identidad cultural.

barrio chino de la palabra hablada, al margen de toda convención policial o académica", dice Nicanor, y **La negra Ester** está escrita precisamente en Décimas Chilenas, un estilo cultivado por intérpretes de bares, circos, boliches de mala muerte y prostíbulos de provincia, en esta forma: "Partí pa' mi lindo puerto/ un veinticuatro de enero/ qué pin-

Allí se produce la nostalgia por Ester y vuelve, para ser perdonado y comenzar de nuevo el amor. Pero, como en la mayoría de las tragedias amorosas, algo lo obliga a huir: "Me aburrí de la fiestoca/ dejé a la negra Ester/ jue mucho su padecer/ desta pobre chimbiroca/ casi se volvió loca/ por culpa deste maldito/ me castiga Jesucristo/ por

vaca y por inhumano/ soy un pobre ser humano/ que valgo menos que un pito". Sobre estos viajes, encuentros y desencuentros de la pareja, marcados por un "destino fatal", gira la obra, hasta un final en que ella muere demasiado joven. Desde allí, Roberto no dejará nunca de echar de menos a la mujer.

Las peripecias argumentales no tiene nada original, y aun la obra carece de una historia dramática en el sentido clásico del término. Incluso su armazón dramática, su texto, necesitan de un alto nivel de creatividad en la puesta en escena, ya que de otra manera difícilmente se sostiene como pura obra de teatro. Porque **La negra Ester** es proposición escénica, espectáculo, montaje, mezcla de circo y teatro callejero: sobre el escenario se habla, efectivamente, en décimas, salpicadas de giros nacionales, a veces con lenguaje del lumpen; música de tangos, boleros y cuecas atraviesan la historia y son parte de ella; los personajes son populares: prostitutas, zapateros, campesinas, chinos emigrados, vagos y marineros; el drama toma unos tipos enclavados en la historia de Chile de este siglo con anécdotas más o menos vulgares o al menos corrientes. La obra es, en suma, una suerte de comedia musical de aquella marginalidad que creíamos olvidada, pero que reaparece en todo su vigor y con la cual nos identificamos.

Lo que ha hecho Andrés Pérez, en suma, es escenificar un trozo de cultura popular chilena, donde la música, la entonación del decir, el movimiento, la gestualidad, los exagerados rasgos faciales, la vestimenta y los espacios, están arraigados en una cultura chilena común a las clases sociales y los niveles educacionales. Durante el espectáculo, además, se hace refe-

rencia a un trozo histórico alejado de las actuales contingencias: el terremoto del año 39, la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Pedro Aguirre Cerda... Por todo ello, la propuesta del grupo hace enclavar las señas de identidad chilena más en la zona de lo marginal y lo rural, que en lo culto o, incluso, en los ambientes y los estilos de la clase media. El rostro que surge de ello es violentamente popular, colorido, autónomo, y con un perfil nítido, quizás el más nítido frente a la cultura de otras clases sociales, pero ante lo cual todos nos miramos.

En este sentido, **La negra Ester** es un punto de encuentro de lo nacional, en un momento en que nuestra sociedad ha dejado al descubierto que son más los síntomas de división que los de unión. Mucho se ha especulado sobre el por qué esta obra ha tenido una acogida masiva, convir-

tiéndose en comentario obligado y siendo calificado por muchos como un punto de resurrección del teatro chileno. Además de las razones esbozadas aquí, en el sentido de ser escenificación de una identidad cultural nacional, **La negra Ester** invoca al pasado lejano, que es lo único que tenemos, porque la fragmentación de la historia reciente hace que todos la reconozcamos de manera distinta. Y la obra demuestra que en ese pasado de hace 40 años hay mucho del verdadero país, y que el eje histórico no está necesariamente en septiembre de 1973, así como tampoco en las resonantes hazañas ni en las patrioterías historias nacionales, sino en la vida cotidiana y vulgar de los protagonistas desconocidos. Ese es su mérito y su propuesta, devolviendo al ansioso público que caía noche los ve, una imagen o identidad que creía perdida. m